

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

México marcha con pasos de sonámbulo. La nación mexicana avanza dando tumbos por el camino. Si a este Mexicalpan de las Ingratas lo comparáramos con un barco, con un navío en alta mar y lo pusiéramos en medio de una tormenta, esto estaría sucediendo –es lo que México padece–: las olas, bramando, azotando a babor y pegando con tanta furia que con la inclinación de la nave su cubierta, por la zona de estribor, roza el nivel del mar. Los vientos alisios que arrastran las aguas del trópico hacia el oeste dan golpes severos que hacen temer por el hundimiento del barco. Sí, el gran buque mexicano, en medio de estos temporales, parece un mero barco de tres palos, y no un gigantesco Queen Mary. Y si a todos estos sinsabores marítimos le agregáramos que el capitán y los oficiales son incapaces de conducir la nave a través de mares tranquilos, y por lo tanto, ante esta impericia, imaginenlos a ellos con el mar picado, sí, son incapaces también de dar un golpe de timón que saque de las aguas turbulentas al maltrecho buque, que como Wagner, a estas alturas del temporal, es un mero buque fantasma. Y claro, la tripulación, y los viajeros ya no saben como capotear la tormenta, ya no quieren más queso sino salir de la ratonera. El terror está en cada

rostro. Total: si como arriba decimos, el capitán no tiene la más leve idea de como poder salvar del hundimiento al gran barco y los oficiales respectivos adolecen del más mínimo de los conocimientos marítimos para enderezar la nave y llevarla a buen puerto, triste es el futuro de los turistas que viajan a bordo. En fin, por cualquier lado que se le pueda mirar, con cualquier ejemplo que podamos tener a la mano para comparar el estado actual de la república, el resultado será el mismo: mal el ámbito político, terrible la situación de la población marginada, fatal el rumbo que la administración actual le imprimió a la política cultural. Por eso el término marino de “a la deriva” queda perfectamente aplicado a la manera como marcha la otrora república mexicana en este mar proceloso, dado que el piloto desconoce todo del mar y no se imagina siquiera el barlovento. Y teniendo en cuenta la magnitud del desastre, a los oficiales y a su mariscal, se les pueden considerar como vulgares piratas. El símil vale: un triste Junco navegando sin dirección por el Mar de los Sargazos, sin brújula y azotado por el peor de los Tifones; ese es el resultado de la entrega del país a esa derecha intolerante –los marineros de un charco de agua– y cínica a la que le encanta vender todas las propiedades del pueblo. Una república diezmada, dividida; guerras fratricidas de pobres contra ricos. La confrontación de todos. Las instituciones viciadas y plagadas de deformidades. Jueces



Carlos Bracho

que se otorgan “legalmente” bonos y demás figuras satánicas para engrosar sus ya de por sí llenas alforjas. Jueces que amparan a narcos y meten a la cárcel a los campesinos sin tierra. Jueces que no encuentran ningún recurso mal habido en las cuentas de los montieles, de los bribescas, de los sahaunes de cada sexenio. Millonarios mexicanos que surgen en cada administración pripanista y van a engrosar las filas de la revista Forbes. Diputados y senadores son los bucaneros de nuevo cuño. Corsarios malévolos son las senadoras y los políticos que han hundido –como vulgares tifones–, que han desprestigiado, deteriorado las Instituciones de la República. La clase política en el poder ha implantado en estos lares la cultura del fraude y de la irresponsabilidad. Policías, ejército y jueces están para proteger a la clase en el poder –es un supón, diría el Hombre del Corbatín– y la clase dominada, los de abajo no deben protestar, no

deben alzar la voz ante las injusticias de las que son víctimas, deben respetar a los de arriba. No se permiten los motines a bordo. Prohibido criticar, prohibido cuestionar. Aquel dirigente popular que encabece las justas demandas de los indígenas, de los obreros, de los campesinos, será el blanco de los toletes, será el receptor de las bayonetas militares. Yo nunca he visto las tanquetas entrar en Las Lomas, nunca he visto soldados estableciendo retenes en las lujosas colonias en donde habitan los criminales de cuello blanco. En cambio los vuelos rasantes de los aviones de guerra, los tanques, los fusiles permanecen en las comunidades pobres, en las rancherías, en los ejidos. Es claro que las fuerzas represivas del Estado están para cuidar las Instituciones, no lo digo ni lo invento yo, es la irreverente realidad. Pero, las Instituciones ¿a quién pertenecen, a quién sirven? Evidentemente las usan, pertenecen, están al servicio de la

clase dominante. ¡Ergo! Las policías forman vallas para proteger las propiedades y a los dueños del gran capital. Claro que actúan conforme a “derecho”. Pero el “derecho” está que ni mandado a hacer para absolver de cualquier culpa a los potentados. Es la historia. Es lo que los mexicas hemos vivido sexenio tras sexenio. Está todo escrito –las tropelías– en las páginas de la historia que el pueblo ha escrito con su sangre. No hay un priísta que resista una auditoría revolucionaria y democrática. No, todos son inmensamente ricos, sí, le atinó, lectora insu-misa, “legalmente” ricos, si no, pregúnteselo a los jueces, a los magistrados

–igualmente ricos–. Ahora los mexicanos ya no compramos en el tendajón “El surtidor” de la esquina, no, ahora hacemos las compras en Wall Mart. Los mexicas ya no tomamos jugo de naranja, no, ahora bebemos juici frutsi. Las familias ya no comen nopalitos asados y tortillas de maíz morado, no, ahora comen pizzas y tuinkis. Ya no nos bañamos con jabón Tepeyac, ahora lo hacemos con Dove Clasic. Ya no bebemos pulque en “La reina de Saba”, no, ahora, ahora vamos al Pub. Ya no nos ponemos la democrática vestimenta de manta “cabeza de indio”, no, ahora usamos ropa con Terlenka y Burberrys finos. Ahora todo se compra y todo se vende en dólares. Nuestros políticos –corsarios, bucaneros, piratas– trabajan para México (¿?). Ya no vamos con los cuates a “echarnos” un café de Córdoba, no ahora nos damos cita en un Starbuck. Nuestras pantallas grandes pasan mañana tarde y noche las películas joligudenses, y el poco tiempo que queda se lo dan graciosa-mente a las producciones de los mexicas irredentos. Pero nuestros políticos “trabajan” por México. Las playas ahora pertenecen a los jolideis, a los jiltons, a los jo-guards. Pero nuestros políticos “trabajan” por México. ¡Eureka!: nuestros filibusteros, nuestros piratas, nuestros bucaneros en compañía de los tifones, los huracanes, los barcos sin rumbo, son los que están posesionados, son los que se abaten en estas tierras antes morenas. Por eso como Heberto Castillo decía:

“Sueldo mínimo al presidente, para que vea lo que se siente”. Por eso, dado que las condiciones de injusticia, de impunidad están como hace cien años, la situación se presenta óptima para el levantamiento del pueblo mexicana. Hace cien años los porfiristas –unas cuantas familias poseían todo, y hacían y deshacían, a su antojo, con los bienes nacionales– dominaban el entorno político y social. Pero el pueblo se cansó de tantos años de marginación y el golpe se dio: la Revolución Mexicana. Ahora las condiciones de desigualdad, de impunidad, de robo de los puentes están en el pináculo. El pueblo, cansado, ya empezó. Oaxaca es una señal. ¿Seguirán las tomas de conciencia de otros pueblos? ¿Los calderones entenderán el mensaje? La moneda está en el aire. Es ahora o nunca. O se le da un golpe de timón –a propósito de barcos– a la política depredadora y neoliberal –capitalismo feroz– o las llamadas, las voces, los ya basta del pueblo se multiplicarán por los cuatro rincones de la república.

Los verdaderos creadores de la cultura mexicana merecen otro trato, los músicos, las bailarinas, las maestras, los coreógrafos, los danzantes, los poetas, los teatristas, los agricultores, los ejidatarios, los campesinos, las amas de casa, los obreros necesitan el abrigo de un Estado protector. Es necesario fundar un Estado con sentido social. Es fundamental tener un gobierno legítimo y gobernantes que en verdad trabajen por México, y claro, el pueblo deberá tener un ojo al gato y otro al garabato. El pueblo deberá expulsar y acabar con los piratas, con los bucaneros, con los corsarios y con los piratas sexenales. El gran Barco mexicana, deberá bogar por mares en calma, con vientos benignos. Es necesaria una calma chicha, pero sobre todo, el capitán deberá ser experto y ducho y viejo lobo de mar, de esos que al ver una tormenta lejana, sepa dar el giro necesario para que la nave no padezca ni sufran sus ocupantes. Todos los mexicas debemos soplar para tener viento en popa. Digo, ¿no? Vale. Abur. 🍷